



LA EVOLUCION  
CREADORA

B2430

.B4

E78

v. 1

R. C.



1020024777

LA EVOLUCIÓN CREADORA

HENRY BERGSON

LA EVOLUCIÓN  
CREADORA

TRADUCCIÓN DE

CARLOS MALAGARRIGA

Tomo I



MADRID  
RENACIMIENTO  
SOCIEDAD ANÓNIMA EDITORIAL  
*Pontejos, 3.*  
1912.

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

86001

146  
B  
B2430  
B4  
E78  
v.1

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL.—PONTEJOS, 3.

## INTRODUCCIÓN

La historia de la evolución de la vida, con ser todavía muy deficiente, empieza á dejar comprender que la inteligencia se ha ido formando mediante un progreso constante, efectuado á lo largo de una línea ascendente que, por los vertebrados, llega hasta el hombre; que la facultad de comprender va anexa á la de obrar como una adaptación creciente en precisión, complejidad y flexibilidad, á las condiciones que les son impuestas, y que nuestra inteligencia, en el sentido estricto de la palabra, no tiene más destino que asegurar la perfecta inserción de nuestro cuerpo en su medio propio, representarse las relaciones de las cosas entre sí y pensar la materia.

Mostrarlo así, es uno de los propósitos de este libro, á cuyo efecto hemos de ver cómo donde la inteligencia se encuentra á sus anchas es entre los objetos inertes, y más especialmente los sólidos, en los que nuestra acción

halla un punto de apoyo y nuestra industria ó habilidad, instrumento de trabajo; cómo nuestros conceptos han sido formados á imagen de los objetos sólidos; cómo nuestra lógica es la de los cuerpos sólidos, y cómo, finalmente, nuestra inteligencia triunfa y prospera en la geometría. Veremos entonces el parentesco estrecho del pensamiento lógico y la materia inerte, sobre la cual le basta á la inteligencia seguir su impulso natural; después de un leve contacto con la experiencia, para marchar de uno en otro descubrimiento, con la secreta convicción de que la sigue de cerca la misma experiencia que, siempre que se lo pida, le dará completa razón.

La consecuencia de todo esto tendrá que ser la afirmación de que nuestro pensamiento, en su faz puramente lógica, no es capaz de representarse la verdadera naturaleza de la vida, ni el hondo significado del movimiento evolutivo. Creado por la vida, en circunstancias determinadas y para obrar sobre cosas determinadas también, ¿cómo podría abarcar la vida toda de la que no es más que una emanación ó un aspecto? Producido por el movimiento evolutivo, al correr de éste, ¿cómo podría coincidir con toda la extensión del camino por él recorrido? Cuánto valdría sostener que la parte es igual al todo, que el efecto puede

reabsorber su propia causa ó que el guijarro de la playa dibuja la forma de la ola.

En realidad, nos damos cuenta cabal de que ni la unidad, ni la finalidad inteligente, ni otra cualquier categoría del pensamiento se aplica exactamente á las cosas de la vida. ¿Quién dirá dónde empieza y dónde acaba la individualidad, ni si el ser vivo es uno ó muchos, ni si son las células las que se asocian para formar un organismo ó es éste el que se disocia en células? Construimos una especie de cuadros (aquellas categorías ú otras); pero en cuanto tratamos de meter en ellos lo vivo, los sentimos crujir como si fueran á estallar y notamos que son demasiado rígidos ó estrechos para lo que en ellos queremos poner. Nuestra razón, que con tanta seguridad y desembarazo se mueve entre las cosas inertes, se siente cohibida al tratar de lo vivo: muéstrsenos, si no, un sólo descubrimiento biológico debido al raciocinio puro; las más de las veces, cuando la experiencia acaba por descubrirnos cómo ha procedido la vida para alcanzar determinado resultado, nos hallamos con que su modo de operar es precisamente uno que no se nos hubiera ocurrido nunca.

A pesar de esto, la filosofía evolucionista, sin vacilar, aplica á las cosas de la vida los procedimientos que le han servido para expli-

carse la materia bruta. Sólo que lo ha hecho en dos modos sucesivos, dignos de ser analizados.

Primeramente, nos presentó á la inteligencia como un efecto puramente local de la evolución, como un destello, posiblemente accidental, que á trechos ilumina el ir y venir de los seres vivos por el estrecho pasaje abierto á su acción. Casi enseguida, olvidándose de lo que antes nos decía de esa linterna manejada en un subterráneo, hizo un sol que alumbra el mundo todo, y sin más fuerza que la del pensamiento conceptual, se atrevió á reconstruir idealmente todas las cosas, la vida inclusive. Verdad es que chocó con tan hondas dificultades y paró su lógica en tan extrañas contradicciones, que se apresuró á renunciar á tanta pretensión.

Ya ahora no aspira á reconstituir la realidad misma, sino á darnos una mera imitación de lo real, y si se le apura, tan sólo una imagen simbólica: la esencia de las cosas, dirá, se nos escapará siempre; nos movemos entre relaciones; lo absoluto no es de nuestra incumbencia; hemos de detenernos al llegar á lo incognoscible.

Es un exceso de humildad para la inteligencia humana, después de haberla querido encumbrar tanto, porque si, como hemos dicho,

la forma intelectual del ser viviente se ha modelado poco á poco por las acciones y reacciones recíprocas de ciertos cuerpos y de lo que les rodeaba, algo podrá decirnos de la esencia propia de que están hechos los cuerpos. La acción no puede moverse en lo irreal. De un espíritu nacido para la especulación ó el ensueño, cabría esperar que se quedara de la parte de fuera de la realidad, deformándola, transformándola, y si se quiere, creándola, pero á la manera que creamos figuras de hombres y de animales que nuestra imaginación dibuja en la nube fugitiva. En cambio, una inteligencia en tensión hacia el acto que debe realizar y su consiguiente reacción y que palpa el objeto para de él recibir á cada instante nueva y fugaz impresión, toca algo de lo absoluto.

Nunca hubiéramos puesto en tela de juicio el valor absoluto de nuestro conocimiento á no mostrarnos la filosofía las contradicciones en que tropieza nuestra especulación y los callejones sin salida donde nos mete, todo por querer aplicar las formas habituales de nuestro pensamiento á objetos sobre los cuales nuestra industria no tiene acción que efectuar y para los cuales consiguientemente no están hechos aquellos cuadros de que hablábamos. Aplicado á un aspecto de la materia inerte, el conocimiento intelectual nos presentará su co-

pia fiel puesto que ha querido fotografiarlo, pero se hará relativo al querer representarnos la vida misma, es decir, el fotógrafo.

¿Habrá que renunciar, entonces, á profundizar en la naturaleza de la vida?

¿Deberemos atenernos á la representación mecanista que de ella nos dará siempre el entendimiento, forzosamente artificial y simbólica desde que reduce la actividad total de la vida á la medida de una determinada actividad hermana, que no es más que una manifestación local y parcial de la misma vida, un efecto de la operación vital, y mejor un residuo suyo?

Así tendría que ser si todo lo que la vida encierra de virtualidades psíquicas, lo hubiera invertido en hacer puros entendimientos, es decir, en preparar geómetras. Pero la línea de evolución que conduce hasta el hombre, no es la única; en otras vías, divergentes, tomaron cuerpo y se desarrollaron otras formas de la conciencia que no supieron reaccionar contra las influencias exteriores ni reconquistarse á sí mismas como lo ha hecho la inteligencia humana, pero que no por esto dejan de expresar algo inmanente y esencial al movimiento evolutivo. Quizá acercando las unas á las otras y fusionándolas luego con la inteligencia, se conseguirá una existencia *coextensiva á la vida* y

capaz de volverse de pronto hacia el impulso vital que siente que la empuja, y obtener del mismo una visión integral por momentánea que sea.

Se dirá que en tal caso no excederemos nuestra misma inteligencia, pues con ella y al través de ella contemplaremos las otras formas de la conciencia, y esto sería cierto si fuésemos puras inteligencias y no hubiera quedado al rededor de nuestro pensamiento lógico conceptual, una vaga nebulosidad hecha de la misma substancia á cuya costa se ha formado el núcleo luminoso que llamamos intelecto y en la cual yacen determinadas potencias complementarias de éste, de las cuales no tenemos más que un confuso sentimiento cuando permanecemos encerrados dentro de nosotros mismos, pero que se iluminarán y se destacarán cuando á sí mismas se vean en la tarea, es decir, en plena evolución de la naturaleza, y sean capaces de medir el esfuerzo que necesitan para intensificarse y dilatarse en el sentido de la vida.

Quiere decir que tenemos por inseparables la teoría del *conocimiento* y la de *la vida*.

Una teoría de la vida que no vaya acompañada de una crítica del conocimiento, se verá obligada á aceptar los conceptos tal como se los facilita la inteligencia; cuando más meterá,

por la fuerza si cabe, á los hechos dentro de los cuadros preexistentes (llamándolos antes definitivos), consiguiendo así un simbolismo cómodo y aun quizás necesario á la ciencia positiva, pero no una visión directa de un objeto. A su vez, una teoría del conocimiento que no encuadre á la inteligencia dentro de la evolución general de la vida, nunca nos dirá cómo se han formado los cuadros del conocimiento ni cómo podemos ensancharlos ó excederlos.

Las dos investigaciones, la del conocer y la del vivir, deben marchar de consuno y por una especie de proceso circular impulsarse una á otra indefinidamente para tratar de resolver, con más seguro método y más cercanas á la experiencia, los grandes problemas que plantea la Filosofía.

Si salieran vencedoras en el empeño, nos harían asistir y presenciar el nacimiento y desarrollo de la inteligencia y por ahí el génesis de esa materia, cuya configuración general dibuja, ahondarían en la misma raíz de la naturaleza y del espíritu, y el falso evolucionismo de Spencer, que consiste en cortar la realidad actual, ya evolucionada, en pedacitos no menos evolucionados para luego recomponerla con estos mismos fragmentos (planteando así de antemano lo mismo que se trata de expli-

car), lo substituirán por un evolucionismo verdadero que siguiera á la realidad en su generación y su crecimiento.

Pero esta filosofía no se hará de la noche á la mañana. Al revés de los *sistemas*, cada uno obra de un hombre de genio que lo presenta en bloc, y como para tomarlo todo ó todo dejarlo, ésta á que propendemos, necesitará del esfuerzo aunado de muchos pensadores (y de no pocos observadores), los cuales, unos á otros, se completen, se corrijan y se rectifiquen.

Por esto el presente estudio no aspira á resolver de golpe los grandes problemas, aspira sólo á indicar el método y en algún punto esencial dejar entrever la posibilidad de su aplicación.

Su plan está indicado por su asunto mismo.

En un primer capítulo probaremos al progreso evolutivo los dos vestidos *de confección* de que dispone nuestro entendimiento, mecanismo y finalidad (1) y mostraremos que nin-

(1) No es nueva la idea de considerar la vida transcendente á la finalidad como al mecanismo.

La expuso con popularidad Mr. Ch. Dunan en tres artículos sobre *El problema de la vida* (*Revue philosophique*, 1892). En el desarrollo de la idea nos hemos encontrado más de una vez con Mr. Dunan, pero nuestros puntos de vista sobre el asunto y sobre las

guno de los dos le sienta bien por no estar hechos á la medida, pero que uno de ellos puede servirle y quizá le sentará menos mal que el otro, si se le corta de nuevo y se le vuelve á coser.

Para ir más allá del punto de vista del entendimiento, en un segundo capítulo trataremos de reconstituir las grandes líneas de evolución que la vida ha recorrido además de la que conducía á la inteligencia humana.

Ya entonces esta inteligencia se hallará colocada de nuevo en su misma causa generadora, que habrá que intentar cogerla bien apretada para seguirla en su movimiento; algo de esto—por cierto que incompletamente—abordaremos en el capítulo tercero.

Finalmente, la parte cuarta del libro estará

---

cuestiones con él relacionadas ya constan en nuestro *Essai sur les données immédiates de la conscience* (París, 1889), uno de cuyos objetos era mostrar que la vida psicológica no es una unidad ni multiplicidad, sino que trasciende, y que lo mecánico y lo inteligente, el mecanismo y el finalismo, sólo tienen sentido donde hay multiplicidad distinta, espacialidad, y, por tanto, recomposición de partes, y que *duración real* quiere decir continuidad indivisa, creación. En el trabajo presente aplicamos estas mismas ideas á la vida en general, considerada, por otra parte, desde el punto de vista psicológico.

consagrada á mostrar cómo nuestro entendimiento, sometiéndose á determinada disciplina, podría preparar una filosofía que fuera más allá que éste. Lo cual ha necesitado una ojeada general á la historia de los sistemas y un análisis crítico de las dos grandes ilusiones á que se expone la inteligencia humana cuando se pone á especular sobre la realidad total.